

Gisela Cramer y Ursula Prutsch, editoras.
¡Américas unidas! Nelson A. Rockefeller's Office
of Inter-American Affairs (1940-46).

Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2012. 316 páginas.

Un tema muy poco conocido y con poca frecuencia estudiado es la constitución de la Oficina de Asuntos Interamericanos (OIAA, en inglés), que orquestó una reestructuración de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina durante de la Segunda Guerra Mundial. Abandonando de esta manera los límites de la diplomacia tradicional (gobierno a gobierno), los programas OIAA pusieron al gobierno de EE.UU. y a sus ciudadanos por primera vez en contacto directo con sectores amplios del pueblo latinoamericano. Bajo la dirección del joven Nelson Rockefeller y con la clara intención de frenar la influencia del poder nazi y del eje en la región, la OIAA dio sustento a la política del buen vecino. Sin embargo, mientras que la agencia aumentó la participación de los Estados Unidos en la política y economía de la región, las actividades más innovadoras estaban en el campo de la cultura. Como coordinador de la OIAA, Rockefeller fue un fuerte defensor de la democracia capitalista que, desde luego, defendió el liderazgo hemisférico de los EE.UU., aunque era al mismo tiempo un entusiasta de la cultura latinoamericana. En el contexto de la guerra, Rockefeller trató de construir un nuevo diálogo panamericano a través de la colaboración cultural y el intercambio educativo para aislar las corrientes fascistas y totalitarias existentes en el hemisferio en ese momento. En el proceso, las relaciones culturales entre Estados Unidos y América Latina se diversificaron significativamente.

En el último medio siglo, algunos académicos han explicado el crecimiento de la influencia de EE.UU. en América Latina, principalmente como consecuencia del imperialismo y la hegemonía. Los análisis se han basado en las teorías, pero a menudo se han quedado cortos en la evidencia histórica. Más recientemente, la mayor atención a las cuestiones del transnacionalismo y la globalización han complicado el análisis de los historiadores y han aumentado la comprensión de la influencia de EE.UU. en la región. Desde una perspectiva histórica, sin embargo, el papel de la OIAA como elemento que aumentaría la influencia de los EE.UU. en las Américas a mediados del siglo XX quedaría subestimado. Por un lado, la OIAA introdujo diversos modelos de modernidad en las clases altas de América Latina, cuya preferencia por e identificación con la tradición europea eran fuertes. Y en el curso de la guerra, algunas élites reformistas y modernistas de la región rechazaron las tradiciones eurocéntricas de sus naciones y por primera vez miraron hacia el norte con interés. Por otro lado, y más significativamente, la oficina Rockefeller también fomentó el entusiasmo hacia el modelo moderno

[315]

de EE.UU. entre las clases medias y profesionales, así como entre los sectores de la mayoría empobrecida. De esta manera, los programas de la OIAA contribuyeron a un cambio en la orientación cultural y política contemporánea de América Latina, alejándose de Europa y acercándose a los EE.UU. Por lo tanto, entender el crecimiento de la influencia de EE.UU. en América Latina hacia la mitad del siglo XX requiere de un mayor interés por la OIAA.

[316]

Editado por Gisela Cramer y Ursula Prutsch, *¡Américas unidas! Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs (1940-46)* es una reintroducción excelente a los proyectos de la OIAA. Al reunir a académicos de Europa y de las Américas, el volumen analiza los programas OIAA desde la perspectiva de diferentes disciplinas: la historia, las relaciones internacionales, el cine, los medios de comunicación, la economía y el arte. Basándose principalmente en los archivos históricos de la OIAA, de archivos de la familia Rockefeller y de varios gobiernos Latinoamericanos, el volumen adopta un enfoque multidisciplinario. Un análisis perspicaz es el resultado. Cramer y Prutsch comienzan con una introducción que da una revisión general a la limitada literatura sobre la diplomacia cultural estadounidense y la OIAA. Las autoras discuten la gama de marcos de análisis que los investigadores (incluyendo los contribuyentes de su volumen) emplean, y cuidadosamente problematizan los tratamientos académicos de la propaganda, el poder y la influencia. Ocho capítulos siguen así cubriendo una gama de temas —desde cine hasta el arte, pasando por la prensa y la radio—, así como otros tratamientos, todavía más amplios, de los programas en países específicos. En general, los programas sobre los medios de comunicación masivos reciben una mayor atención de los autores; así, México, Argentina y Brasil, las potencias regionales que constituían la mayor preocupación de Washington durante la guerra, son los países más prominentemente discutidos en el volumen. En conjunto con la introducción de los editores, el primer capítulo, escrito por Uwe Lübken, provee un breve pero excelente resumen de los orígenes y los primeros desafíos a la diplomacia cultural de los EE.UU. Lübken proporciona un contexto importante para los capítulos posteriores al articular las circunstancias bajo las cuales Washington se unió a los “juegos culturales” que las potencias europeas, a su vez, habían estado jugando en América Latina desde hacía décadas.

Mientras que las colaboraciones de la OIAA con Disney, Hollywood y la industria cinematográfica mexicana están bien documentadas, los capítulos de Catherine L. Benamou y Pennee Bender ofrecen nuevas ventanas a la utilización creativa de cine por parte de la agencia. Benamou explora las complejidades del género filmico del buen vecino; así, en su estudio del caso explica el fracaso de la colaboración entre el director Orson Welles, Disney Studios y la OIAA. El

proyecto, que finalizó sin ninguna película determinada, fue empantanado en medio de las competitivas agendas de los gobiernos, los estudios de cine y el propio director. La producción se estancó debido a los conceptos divergentes de raza y etnia, lo que hizo difícil la tarea de presentar la identidad nacional brasileña en la pantalla grande. Por el contrario, Bender explora en la OIAA proyecciones de películas en los EE.UU. Durante los años de guerra, el programa de cine llevó películas panamericanas y noticias de la guerra a millones de espectadores en las escuelas y centros cívicos de todo el país. Gracias a un programa complementario del ya bien conocido programa de cine OIAA en América Latina, las audiencias estadounidenses vieron películas seleccionadas del mismo catálogo que se utilizó al otro lado del Río Grande. Bender introduce un programa fascinante que merece un estudio adicional, y su capítulo abre nuevas ventanas para el análisis de debates OIAA internas sobre el uso de cine como propaganda o recursos educativos. El capítulo también es una lectura esencial para los interesados en los orígenes de los programas de cine del gobierno de Estados Unidos, que se desarrollarían más tarde, durante la Guerra Fría.

[317]

Los dos capítulos enfocados en el cine, similares a cada uno de los capítulos ya descritos del volumen, revelan cómo la OIAA funcionó, en gran parte, con base en un sistema de prueba y error. La agencia produjo sus materiales y programas casi al azar, y con frecuencia tenía dificultades para lograr un consenso en torno a los objetivos de los programas. Al examinar los programas OIAA en el nivel de implementación, en el contexto latinoamericano local, el volumen presenta una agencia que difícilmente podría ser considerada como hegemónica. Como demuestran la mayoría de los autores contribuyentes, los programas de OIAA eran comúnmente cooptados por varios actores locales por medio de sus agendas competitivas o complementarias. Como resultado, *¡Américas unidas!* advertiría explícitamente sobre las deficiencias del modelo de hegemonía cultural y otros marcos analíticos, que sobreestimaban la capacidad OIAA para dar forma a resultados concretos. Como Cramer y Prutsch explican, y como cada autor contribuyente demuestra de forma consistente los resultados locales no eran acordes a las intenciones de la OIAA. Si bien la agencia de Rockefeller “pudo haber ejercido un poder considerable”, en realidad, “era incapaz de controlar totalmente el proceso que se había fijado o ayudaba a fijar en ese movimiento” (p. 36).

Esta incapacidad de la OIAA para controlar la recepción de su mensaje se hace clara en un capítulo escrito por Catha Paquette, en el cual la autora examina de los intercambios artísticos entre los EE.UU. y México. Teniendo en cuenta los vínculos de Rockefeller con el (MOMA) Museo de Arte Moderno en Nueva York, la profundidad de los fondos y el apoyo de programas de arte brindados por la

[318]

agencia no es sorprendente. Durante la guerra, el arte se movió de norte a sur y de sur a norte con regularidad. Al examinar estos intercambios en el contexto de las relaciones entre México y EE.UU., Paquette subraya que las evaluaciones oficiales del arte realizadas en ambos lados de la frontera representaban un contingente, “formado por las necesidades políticas y económicas” (p. 167). Sin embargo, la autora también sostiene que el mismo arte creó un “espacio dialógico de la representación visual y textual”, donde se animaron diversas interpretaciones. Parece que el “poder blando” del arte podría ser tan suave como ineficaz en su intención de proyectar un mensaje democrático-capitalista de parte de la OIAA. Un subtexto fascinante sugiere el interés de los funcionarios de la OIAA y del gobierno mexicano por establecer un estatus de credibilidad para el arte de las Américas, vis a vis del arte europeo. Queda entonces mucho por aprender sobre el papel del arte y sus intercambios, en relación con la influencia de EE.UU. en la región; de la misma manera, los tratamientos más detallados de la asignatura podrían ser bien recibidos.

Mientras que las exposiciones de arte de la OIAA fueron un ejemplo del uso de poder blando, sus campañas de radio y periódicos tenían mucho más contenido propagandístico. Las actividades de la división de prensa en la agencia eran amplias, y los altos niveles de la cooperación en toda América Latina se evidencian en las columnas de los periódicos y las transmisiones radiales. Detallando la rapidez con la que la prensa mexicana se alineó con los aliados, José Luis Ortiz Garza identifica las diversas tácticas de presión empleadas por la OIAA. A pesar de que poner más ampliamente en consideración los diferentes objetivos de la prensa mexicana sería de gran ayuda, el capítulo proporciona un contexto histórico importante. El autor analiza las tácticas de la OIAA y sus programas propagandísticos, en comparación con los programas similares de las potencias europeas —tanto del eje como de los aliados—, que compitieron por influir en el mismo público mexicano. Aunque el capítulo articula varios mecanismos de los Estados Unidos para el control de la prensa mexicana, al final, en el análisis todavía se hace eco de la advertencia de que está en el centro de este volumen, “el poder de la propaganda no se debe exagerar” (p. 203). Cuando se observa en el contexto local, la propaganda de la OIAA podría ser rechazada, ignorada, cooptada o modificada.

Al examinar las campañas de radio OIAA y la resistencia nacionalista en Argentina, la coeditora Cramer subraya la importancia de examinar las actividades de la agencia en ámbitos locales diferentes a Washington, en donde también se implementó la política. Significativamente, ella también yuxtapone el enfoque de prueba y error del OIAA en contra de las presunciones sobre el

poder de “estrategias cuidadosamente calibrados para influir en los corazones y las mentes” (p. 214). En su opinión, la capacidad de la OIAA para proyectar contenido propagandístico en la región no fue “insignificante”. Sin embargo, reconoce que el desafío de articular los impactos requiere mayor comprensión de los programas OIAA, más atención académica a implementación de programas en contexto local, y las nuevas fuentes y métodos para medir recepción de las audiencias. Con este fin, el capítulo constituye un modelo útil. También proporciona una fascinante reflexión sobre las percepciones contemporáneas sobre el poder de la radio. Al principio de la Primera Guerra Mundial, la radio todavía era una tecnología joven, y los gobiernos de todas las Américas trataron de aprovechar su poder para influir, educar y transformar.

[319]

Más amplios en sus respectivos alcances, los capítulos finales sirven para unir los temas del volumen. La coeditora Prutsch revisa el programa de la OIAA general en Brasil, país en el que se enfocaron inicialmente los programas de la agencia. En ese país, el Presidente Getulio Vargas y su gobierno se aprovecharon completamente de los recursos de la OIAA para hacer avanzar sus propios esquemas de modernización nacional. Pero mientras que la OIAA construyó alianzas con la élite brasileña en el gobierno, los negocios, los medios de comunicación y la Iglesia, también trataba de ganar influencia con las clases medias, profesionales y trabajadoras. Las negociaciones con la OIAA fueron complicadas en todos los niveles de la sociedad de Brasil. Sin embargo, como este capítulo implícitamente sugiere, estas negociaciones fueron facilitándose por un proceso de cambio cultural, por entonces en marcha en América Latina. Al acercarse a mediados de siglo, los modelos culturales europeos habían perdido el favor de Brasil y sus vecinos, y muchos de ellos buscaban nuevos modelos norteamericanos como rutas hacia la modernidad.

Por último, Thomas Leonard nos presenta los comités de coordinación OIAA en América Central, entidades organizativas que fueron el rostro local de la agencia en América Latina. Estos comités de empresarios estadounidenses, que residieron en grandes capitales y ciudades de la región, aconsejaron a la agencia e hicieron gran parte del trabajo de la OIAA local. La mayoría de los autores del volumen hace referencia a estos comités de voluntarios y, resulta en suma conveniente comentar más precisamente este capítulo escrito por Leonard en *¡Américas unidas!* En un breve estudio de este tipo; sin embargo, es difícil para el lector a apreciar las importantes funciones de los comités en la formación, modificación y ejecución de programas de la OIAA. Comités de coordinación; por ejemplo, desempeñaron un papel fundador en los centros binacionales culturales y las escuelas norteamericanas, instituciones que todavía anclan la presencia

[320]

cultural de EE.UU. en las ciudades de América Latina (y del mundo). Un estudio más profundo sobre esos miembros de los comités y sus familias también desafiaría nociones simples como las del “extranjero” y “local”, en las que se basa el análisis del imperialismo y la hegemonía. Si el capítulo escrito por Leonard o los otros capítulos en *¡Américas unidas!* logran estimular nuevas investigaciones sobre los comités de coordinación de la OIAA, nuestra comprensión del crecimiento de la influencia de EE.UU. en la región avanzará, así como también de transnacionalismo en los mediados del siglo XX.

¡Américas unidas! es una excelente reintroducción a la OIAA y su trabajo. Centrado en la implementación de los programas a nivel local, el volumen reta a los académicos a articular mejor las complejidades históricas que han enmarcado la colaboración panamericana desde 1940.

DAVID ANDREW CORCORAN

Emmanuel College, Boston, EE.UU.

corcorand@emmanuel.edu

Guillaume Cuchet, director.

Le Purgatoire. Fortune historique et historiographique d'un dogme.

Paris: Éditions EHESS, 2012. 332 páginas.

En Colombia no son tan frecuentes los balances historiográficos, o por lo menos no son tan frecuentes como se desearía —abundan más bien los “estados del arte” en las páginas iniciales de una tesis o de un trabajo de maestría, en general con buena información sobre un tema particular, tratado de manera monográfica—. Pero *balances historiográficos*, en sentido estricto, es decir trabajos que den cuenta de la totalidad de la investigación en un campo determinado —estudiando con detalle las formas de tratamiento del tema desde el punto de vista de los enfoques, los métodos y las técnicas—, que muestren al mismo tiempo “el ascenso y la caída” de un cierto tema de investigación y la forma de acercamiento dominante en un momento determinado, y que además pongan en relación ese tema particular con el conjunto de la producción historiográfica en un área mayor (aquí, por ejemplo, las historias de las mentalidades y de la cultura) y con los avatares mismos de la sociedad de que se trate, ese tipo de balances historiográficos no son frecuentes entre nosotros, y hay que lamentarlo.

Le Purgatoire. Fortune historique et historiographique d'un dogme cumple con creces esa necesidad que señalamos, y puede ser visto grosso modo como